



CUADERNO
DEL TRIBAL

Escribe: Luis Eduardo García
Director de la Facultad de Comunicaciones (Trujillo)
leg@upnorte.edu.pe

Brillantes y mediocres

En un mundo altamente competitivo, la brillantez parece ser la premisa. Sin embargo, la civilización del espectáculo ha consagrado también a la mediocridad como una forma del éxito entre bambalinas.

Todos hemos elaborado alguna vez una lista de las mejores películas, libros, canciones, actores o actrices. La lista de temas a elegir es interminable y casi siempre parte de la idea de que nuestra selección es la mejor. Tengo la impresión que este gusto por las *listas top* va de la mano con el devenir de un mundo “altamente competitivo” en el que lo mejor no es luchar, sino ganar a cualquier precio.

Los criterios de nuestra selección son siempre subjetivos y tienen como base el impacto emocional, la simple empatía que establecemos con lo que hemos elegido o lo que dicen las estadísticas. Al mismo tiempo damos por descontado que se trata de algo “admirable o sobresaliente en su línea”; es decir, brillante. Muchas veces nuestras preferencias coinciden con las de otros seres humanos y ya está. En la coincidencia está la certeza.

Jorge Luis Borges decía que la democracia era una invención de la estadística. Supongo que la elección de, por ejemplo, la lista de las 10 películas más taquilleras de la historia es también un espejismo de los números, en tanto la lista nos informa de las diez películas que han obtenido más ganancias en la historia, pero no

tiene calidad media o es de poco mérito y tira más bien para malo. Y para esta condición existen asimismo listas, selecciones, rankings. Son célebres, en este sentido, los anti-Oscar. El poeta César Calvo se propuso una vez elaborar con un amigo la lista de los poetas mediocres del Perú. Alguien le citó un nombre y él respondió con ingenio: “Ese es tan mediocre que no sirve ni siquiera para integrar la lista de los más malos”. Tengo la impresión que en la confección de las listas que buscan a los peores hay, digamos, un poco de mala leche y de crítica malintencionada. En cambio en la preparación de las que buscan a los mejores se percibe buenas intenciones, por decirlo de alguna manera.

Mal que bien, la mayoría tiende a percibir rápidamente aquello que la mayoría considera como bueno. ¿Por qué la mediocridad es más tardía en reconocerse? Seguramente porque se trata de una suma de acciones destinadas a encubrir lo gris, lo escaso de valor, lo anodino más que de una condición. Veamos. Un personaje mediocre hace todo lo posible para publicitarse en los medios o para que hablen de él, se rodea de aduladores, encubre

“El poeta César Calvo se propuso una vez elaborar la lista de los poetas mediocres del Perú. Alguien le citó un nombre y él respondió: “Ese es tan mediocre que no sirve ni siquiera para integrar la lista de los más malos”.

de las diez mejores desde el punto de vista estético. Sin embargo, a la hora de elaborar nuestra lista predilecta las cifras afloran y condicionan de alguna manera nuestro punto de vista.

Se elaboran listas para elegir los mejores de los últimos diez, veinte, cincuenta o cien años. La FIFA elabora cada mes, creo, un ranking sobre las mejores selecciones de fútbol, lo mismo hace una encuestadora cada año sobre los personajes más poderosos del país y lo mismo hace una empresa internacional sobre las universidades más prestigiosas del planeta. Listas por aquí y por allá; todas destinadas a buscar al mejor.

Pero así como existe lo brillante o “admirable o sobresaliente en su línea”, existe también lo opuesto, lo mediocre, aquello que

sus limitaciones con una falsa sabiduría y un lenguaje críptico, habla mal de los competidores y no sabe distinguir entre lo auténtico y lo huachafo.

Pero así como no se puede evitar la proliferación de listas que buscan a los mejores del mes, de la década o del siglo, el mercado y los medios alientan también la publicación de las listas que “consagran” a los mediocres bajo la artificiosa premisa del equilibrio universal. En este esquema la brillantez es proporcional a la mediocridad. Es la obra de la civilización del espectáculo, del juego por el juego, del escándalo por el escándalo. El mundo está dominado por los mediocres y su grisura. El justo medio, el recato y la sobriedad no tienen permiso de ingreso.